


PONENCIA I :

**EL COMPROMISO  
DEL LIDERAZGO:**

**Modelo eclesial  
y relaciones intereclesiales**

*Samuel Pérez Millos*

Encuentro AAHH  
de España  
29 oct. - 1 nov. 2005

- 
- 1. Definición de iglesia**
  - 2. Análisis y autocrítica**
  - 3. Necesidades**
  - 4. Formación bíblico-teológica**
  - 5. Reflexiones necesarias sobre  
el declive de las asambleas**
  - 6. Conclusión**

## 1. DEFINICIÓN DE IGLESIA

Al hacer cualquier reflexión bíblico-práctica sobre determinados aspectos de la iglesia, será necesario y conveniente establecer primeramente una definición del concepto iglesia, a la luz de la Escritura.

La Biblia no es un libro de definiciones. Toda definición limita y, en cierta medida, segrega. Sin embargo, seis grandes proposiciones bíblicas permiten establecer las características que definen la iglesia. En primer lugar, se trata de *un pueblo de formación divina*, es decir, surge del propósito divino para este tiempo, en el que Dios busca entre las gentes un pueblo para sí (Hch. 15:14). Además, la iglesia es un *pueblo sin limitación de raza o condición*; las paredes que establecían una división en la antigua dispensación han sido derribadas en Cristo y por Cristo (Ef. 2:14-16). La iglesia es, por posición, relación y esperanza, *un pueblo de condición celestial* (Fil. 3:20). Siendo formada por aquellos a quienes Dios redime, es decir, compra y libra de la esclavitud en que se encontraban para trasladarlos a una esfera de libertad (Col. 1:13), es un *pueblo de propiedad divina* llamado por Cristo «mi iglesia» (Mt. 16:18). Ese pueblo *es el don que el Padre da al Hijo* (Jn. 6:37 y 39), entregándole aquellos que son suyos, tomados del mundo (Jn. 17:6, 9, 11 y 12). Finalmente, la iglesia es *un cuerpo en Cristo del cual Él es cabeza* (Ef. 1:22 y 23).

### 1.1. Énfasis en la unidad de la iglesia

El concepto bíblico inducido por las seis proposiciones anteriores, conduce indefectiblemente a una unidad en la diversidad. Es decir, la iglesia es una, formada por una diversidad de miembros integrados en un solo y único cuerpo. El sentido de unidad estaba en la mente del Señor, cabeza de la iglesia, que lo presenta al Padre como su deseo personal en la oración inmediatamente anterior a su agonía y muerte. Reiteradamente pide que ese pueblo sea uno para que el mundo crea en el *Enviado* (Jn. 17:21). La idea de unidad expresada por Jesucristo es de un alcance sobrenatural e, incluso, sobrehumano, que supera en todo cualquier otro tipo de unidad que el pueblo de Dios haya podido alcanzar a lo largo del tiempo histórico de los hombres.

La unidad de la iglesia se establece en identidad con la unidad de hipóstasis [rmm1] en el Seno Trinitario, según el Señor manifiesta: «*que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros*» (Jn. 17:21). Por identificación con Cristo, cada creyente viene a ser participante de la «*naturaleza divina*» en la experiencia de la vida eterna (2 P. 1:4), que es común a cada una de las Personas Divinas. La presencia plena de la unidad está vinculada, por tanto, a la presencia trinitaria en cada creyente, de modo que la inmanencia –que es consecuencia de la unidad de naturaleza en perfecta compatibilidad con la distinción real de las Personas Divinas– alcanza la expresión en la vida de cada creyente por la presencia de Dios, como Jesús pide en su oración.

El Señor enseñó que cualquiera que le amase sería también honrado por el Padre y ambos, Padre e Hijo, vendrían a hacer morada en el creyente: «*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*» (Jn. 14:23). Esta verdad debe ser unida también a la presencia real del Espíritu Santo en el cristiano, ya que quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él (Ro. 8:9). Tal verdad nunca podrá ser comprendida en la dimensión que alcanza, por cuanto se está refiriendo a la inhabitación de la Trina Deidad en el cristiano y, por extensión, en toda la iglesia como cuerpo de creyentes unidos y vinculados a Cristo. De esa manera, el creyente viene a estar en comunión con las Personas Divinas, para pensar, desear, sentir, querer y actuar a la semejanza de Dios, de modo que como Él es, así nosotros en el mundo.

La unidad absoluta, perfecta e indisoluble del Ser Divino, hace posible, no sólo en realidad existencial, sino en afecto de deseo como expresión natural de vida comunitaria, en cada creyente y, por tanto, en la iglesia.[rmm2] Esa comunión *vertical*, se hace necesariamente *horizontal* en cada creyente (1 Jn. 1:3). De ahí que la rotura de comunión entre creyentes y colectivamente entre iglesias produzca la rotura de la comunión con Dios excepto que se origine por pecado sin confesar. De otro modo, cuando un creyente rompe su comunión con un hermano con quien Cristo no la ha roto, está poniendo a Cristo fuera de la comunión de su vida. Tal situación genera una abierta oposición al plan divino para esta dispensación y se opone directamente a la voluntad de Cristo. Es por ello, que no sea de extrañar que Pablo exhorte, como objetivo prioritario para la iglesia, el «*guardar solícitamente la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*» (Ef. 4:3).

El efecto de la unidad espiritual genera la relación en comunión de creyentes entre sí. Los primeros cristianos, inmediatamente después de Pentecostés, eran perseverantes en la comunión los unos con los otros. La bendición de Dios sólo es posible en una correcta relación con Su propósito y voluntad, por tanto, la fragmentación espiritual de los creyentes y la división de las iglesias no pueden acarrear sino la oposición de Dios, ya que es una acción de soberbia contra Él y no pueden manifestarse las bendiciones celestiales pues «*Dios resiste a los soberbios*» y solamente «*da gracia a los humildes*» (Stg. 4:6).

Para el mantenimiento operativo de la unidad, Dios ha dado a su iglesia siete bases unitarias (Ef. 4:4-6). Las primeras son constituyentes: «*un cuerpo, un Espíritu,... una esperanza*»; la iglesia es un cuerpo, morada de Dios en Espíritu y afirmada en una misma esperanza que es Cristo (Col. 1:27). Las tres siguientes son fundantes: «*un Señor, una fe, un bautismo*»; la única autoridad soberana sobre la iglesia como Cabeza es Cristo, la fe común para la iglesia es la única y autoritativa Palabra de Dios; la formación de un cuerpo se alcanza por la acción bautizadora del Espíritu en Cristo (1 Co. 12:13). La última base es trascendente, por cuanto es Dios mismo, que es *soberano*,

«sobre todos», es inmanente, «por todos» y es trascendente «en todos». Capacitada la iglesia para la unidad no tiene disculpa alguna para originar divisiones, escisiones y fracciones.

## **2. ANÁLISIS Y AUTOCRÍTICA**

El análisis de la verdad bíblica exige necesariamente una formulación autocrítica sobre el lugar en donde nos encontramos las Asambleas en relación con la demanda bíblica. Conveniente es el recuerdo de la historia, no para añoranza sino para enseñanza.

### **2.1. Pincelada histórica**

Las Asambleas nacen en una acción del Espíritu conduciendo a creyentes a la integración y a la práctica de la unidad. Creyentes procedentes de distintos grupos denominacionales comenzaron a reunirse, en una notable sencillez evangélica, con el propósito de mantener la comunión unos con otros, perseverar en la oración y estudio de la Palabra y obedecer al Señor en la ordenanza del partimiento del pan. La solicitud en la unidad y la obediencia a la Palabra, trajo como consecuencia la bendición de Dios, en el poder del Espíritu, que permitió extender por todos los continentes este principio espiritual y este estilo de vida.

Se trata, en síntesis, de un movimiento que el Espíritu Santo, hace unos doscientos años, inició en Inglaterra y otros lugares, recuperando el aire fresco de la Escritura para orientar, por medio de ella, en el poder del Espíritu, un nuevo camino del compromiso con Cristo y de la obediencia a la Palabra, sin condiciones y sin concesiones. El resultado no pudo ser otro. Miles de congregaciones reunidas en la sencillez evangélica tomada de la Palabra se fueron estableciendo, por creyentes de muchas denominaciones que deseaban, simplemente, vivir a Cristo y estudiar la Palabra, no tanto para saber más de ella, sino para vivir conforme a lo que ella establecía.

El resultado de este volver a la Palabra trajo como consecuencia un movimiento misionero espectacular, como jamás antes se había conocido. La evangelización alcanzó todas las áreas geográficas del mundo, entre ellas España e Hispanoamérica. Es notable observar que en el año 1945 había más de 1000 misioneros de los Hermanos que representaban nada menos que el 5% del total de misioneros de las iglesias llamadas protestantes o reformadas, en todo el mundo. Instituciones sociales complementaban el servicio a la sociedad, sin límites de condición, como una clara comprensión de que el evangelio de la gracia tenía necesariamente que ir acompañado de la atención a los pobres y necesitados del mundo. De esta manera, asilos para niños, leproserías, sanatorios, escuelas, centros de atención social, etc., se levantaron en todo el mundo. Los *Hermanos*, habían alcanzado en cien años una posición tan relevante en el mundo evangélico, que eran considerados, respetados, consultados y admirados por muchos fuera de su propio ámbito.

Poco después de que comenzaron las fracciones entre las Asambleas –especialmente notable en la primera división de «*cerrados y abiertos*»– supuso simplemente la llave que ha generado en el tiempo una enorme cantidad de grupos que, llamándose todos «Asambleas de Hermanos», no han sido capaces de mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Si queremos ser honestos delante del Señor, tendremos que confesar que la unidad espiritual y la comunión deja mucho que desear por la gran diversidad e incluso oposición violenta, de sentimientos, de pareceres y de enfoque, que generan una manifiesta división entre nosotros.

### 3. NECESIDADES

Frente a esta situación es necesario un cambio de rumbo, una nueva reorientación que necesariamente ha de ser siempre bíblica. Es preciso crear un espacio de libertad entre las Asambleas que haga posible la reflexión teológica desde un absoluto respeto a la Palabra y que sea el motor que conduzca a un cambio en la situación actual. Una de las reflexiones en este aspecto, tiene que ver con el liderazgo.

En los últimos tiempos, el liderazgo de muchas de nuestras iglesias está en manos de hermanos de avanzada edad. No deja de ser importante, como simple referencia, que la edad media de los obreros a pleno tiempo en las Asambleas en España supere los 60 años.

Una de las razones en la *no renovación* del liderazgo obedece a ignorar la distinción entre don y oficio. Los dones son dados a cada creyente para edificación del cuerpo de Cristo, sin condiciones personales, sociales, familiares, etc. Los oficios –instaurados por necesidad operativa de las congregaciones– están estrechamente relacionados con condiciones personales. Cuando estas condiciones varían, necesariamente se hace preciso la suspensión en el ejercicio del oficio.

En las listas de los dones (cf. Ro. 12; 1 Co. 12; Ef. 4) no aparece, en ninguna de ellas, el don de *anciano, obispo o presbítero*. Sí en cambio el de *pastor y maestro*. El hecho de que en el Nuevo Testamento se hable de *pastorear*, en relación con los ancianos, tiene que ver especialmente en el ejercicio de liderazgo que *conduce*, al rebaño del Señor. No debe olvidarse que en el Antiguo Testamento se llamaba *pastores* a los reyes en Israel. ¿De qué modo se reconocen los ancianos en las iglesias? ¿Hasta dónde participa la congregación en esto? ¿No existe, en algunos casos, una transmisión de ancianos a ancianos sin la participación de la congregación en aceptación o rechazo? ¿Por qué causa no se reconocen los líderes de servicio, esto es, los diáconos y se establece una radical oposición al reconocimiento de *diaconisas* (Ro. 16:1), a pesar de estar incluidas en la normativa para el diaconado (1 Ti. 3:11)?

### 3. 1. El liderazgo

Otro grave problema consiste en el ejercicio de la autoridad. Claramente se enseña en la Palabra que, en la iglesia, no hay sino tres Autoridades, todas ellas divinas: Cristo, la única Cabeza; el Espíritu Santo, Vicario de Cristo que conduce la marcha de la iglesia; y la Palabra, única norma de fe y conducta. Cuando en un uso de *autoridad* se establecen normas que determinen comportamientos a los que los creyentes queden sujetos, sin una firme base bíblica, se está ejerciendo un abuso de autoridad. No hay determinación que sea de obediencia, más que aquella que descansa en la autoridad aplicada de la Palabra desde una correcta exégesis del texto bíblico.

### 3.2. El sacerdocio universal del creyente y sus consecuencias

Un nuevo elemento de reflexión viene también determinado por el ejercicio del ministerio del sacerdocio universal del creyente. Cada convertido a Cristo es sacerdote espiritual para ofrecer sacrificios espirituales para alabanza y gloria de Dios (1 P. 2:4, 5, 9 y 10). El sacerdocio no hace distinciones en el plano social, ni cultural, ni étnico, ni de género, tan sacerdote es un hombre como una mujer y, tiene el mismo derecho espiritualmente hablando para ejercer su ministerio sacerdotal en la iglesia. Quiere decir que los cinco sacrificios espirituales [rmm3]deben poder ser ofrecidos por todos los que son creyentes. Limitar el ejercicio sacerdotal en alguna medida a unos o a otros, es contravenir el propósito y determinación de Cristo para la iglesia.

### 3.3. Dones espirituales y ejercicio de los mismos

Una situación semejante está en orden al ejercicio de los dones espirituales o dones del Espíritu. La necesaria reflexión bíblico-teológica tiene que abrirse a una sincera investigación sobre los dones que están operativos y los que no están. Ya no debe hablarse de dones vigentes y no vigentes, porque la vigencia o no-vigencia sólo es posible definirla y limitarla por quien soberanamente da los dones, que es el Espíritu Santo.

El ejercicio de los dones y su operatividad ha de ser un elemento de reflexión teológica que permita establecer las pautas para el ejercicio de estos en la iglesia del tiempo actual. Pero lo que sin duda es necesario entender es que los creyentes en la iglesia tienen el derecho y la obligación moral de ejercer sus dones para edificación del cuerpo (1 P. 4:10). Unido a esto está también el derecho a *servir* al Señor en la congregación. Es evidente que no se puede hablar de salvación sin hablar de servicio, como es el testimonio que Pablo da de la iglesia en Tesalónica (1 Ts. 1:9). En muchas ocasiones, hay un gran número de espectadores en la iglesia local y muy pocos actores. Generalmente esto produce un cansancio y desgaste en el servicio por estar sobrecargado sobre unos y no sobre todos. La iglesia actual debe buscar vías o canales por los que todos puedan servir, si así lo desean, en la congregación. Limitar el servicio o el ejercicio de los dones por condicio-

nes personales –sin que esa limitación esté acompañada del ejercicio de disciplina bíblica por desorden en la vida individual del creyente– es ir contra el propósito de Dios para la vida de la congregación local.

### 3.4. Ministerio femenino en la iglesia

De la misma forma, la reflexión bíblico-teológica ha de ir orientada a definir la participación y alcance del ministerio femenino en la iglesia. Por sistema tradicional se ha determinado que las hermanas deben hacer todo cuanto tenga que ver con servicio material pero se les prohíbe la participación en el culto eclesial. Esta prohibición que se establece en la interpretación, no concordante con otros muchos textos en los que se tratan problemas concretos de iglesias concretas (como es el caso de la congregación en Corinto, 1 Co. 14:34), desconociendo las causas que el mismo contexto establece (que eran la de formular preguntas de manera indebida en el culto público de la iglesia), es fragmentar la contextualización natural del pasaje, tomando un texto fuera de contexto para convertirlo en un pretexto. Ese tomar un determinado texto para sustentar un principio bíblico de actuación ignorando otros muchos que evidencian el ministerio femenino en el culto público –como era la oración y la profecía (1 Co. 11:5; Hch. 1:14)–, es una falta de consideración a la sana exégesis de la Palabra.

## 4. FORMACIÓN BÍBLICO-TEOLÓGICA

Si la misión de la iglesia tiene que ver con una actuación al interior y otra al exterior, en el primer sentido, crecimiento espiritual y, en el segundo, crecimiento numérico, debe considerarse como prioritario dotar a las iglesias de creyentes preparados y capaces de enseñar a otros (2 Ti. 2:2).

La absurda idea –por no decir antibíblica idea– de que la formación de los maestros debe producirse en el seno de cada congregación local haya en ella maestros capaces o no, ha traído como consecuencia gravísimas deficiencias que se suplen acudiendo a la respuesta fácil de *«esto se hace así porque así se hizo siempre y así fuimos enseñados»*. Tal posición revela una absoluta incapacidad bíblica de responder a las necesidades del pueblo de Dios mediante la interpretación y aplicación correcta de la Escritura.

La formación de maestros para las Asambleas en España, requiere una reorientación, de manera que, bajo la supervisión de las iglesias, se establezcan lugares y se busquen maestros capaces para enviar a quienes deben ocuparse del ministerio de la enseñanza de modo que se levante un sólido cuerpo de maestros en la Palabra, espirituales y capacitados para el ministerio. No puede olvidarse que la formación bíblico-teológica pasa por un conocimiento de los idiomas bíblicos, especialmente por el griego, que permita una exégesis correcta dentro de una hermenéutica también

correcta. Esta formación bíblica sólo será posible en la unidad coordinada de todas las iglesias que juntas provean los recursos necesarios para llevarla a cabo. Éstas debieran encomendar a un grupo de hermanos que estén involucrados en el ministerio de la enseñanza –en el ámbito académico y con experiencia en el manejo de este servicio– para que establezcan un programa que se desarrolle conforme a las necesidades, con la mayor brevedad posible, que permita la capacitación bíblico-teológica de creyentes para el ministerio de enseñanza, de manera que se puedan desarrollar en el menor tiempo posible creyentes capacitados en cada congregación local para ese servicio.

De igual manera, la evangelización, aunque es responsabilidad individual –ya que todos estamos llamados a predicar el evangelio a todas las naciones (Mt. 28:18-20)– es también misión colectiva de las iglesias locales.

La evangelización ha de contextualizarse en relación con el tiempo actual y con el contexto social en que se desarrolla. Las tradicionales reuniones evangelísticas en los locales al estilo de los años 30 al 40 han dejado de ser eficaces, no por el mensaje, sino por el modo de comunicarlo a la sociedad altamente diferente en el momento actual. Las Asambleas en España deberán buscar vínculos unitarios para apoyarse mutuamente y hacer eficaces los métodos de evangelización en nuestra sociedad.

Esa unidad en el propósito de la evangelización lleva aparejado el compromiso eclesial de asistencia y colaboración mediante la aportación de recursos económicos y de recursos didácticos para el discipulado de los nuevos convertidos a Cristo (Mt. 28:20). El desarrollo de la formación integral en la iglesia requiere materiales adecuados y planes establecidos convenientemente para llevarla a cabo. Todo esto sólo será posible en la unidad del pueblo de Dios y en la capacidad espiritual de los líderes de entregar sus propias parcelas de individualidad sometiéndolas, en una verdadera visión de entrega en amor, al servicio de todo el pueblo de Dios.

## **5. REFLEXIONES NECESARIAS SOBRE EL DECLIVE DE LAS ASAMBLEAS**

### **5.1. Razones generales**

Es necesario reflexionar sobre el declive experimentado por las asambleas desde hace bastantes años para poner remedio a la situación.

A través de los años, los hermanos se consideraron fuertes y, por tanto, vivían confiados. Estaban convencidos de ser el grupo más bíblico y más espiritual, puestos para preservar la verdad bíblica frente a un mundo evangélico que se desviaba en muchas cosas de la Escritura, y era de esperar

que a medida que avanzase el tiempo, muchos creyentes de otros grupos denominacionales abandonarían sus iglesias para unirse a las Asambleas.

Sin embargo, el movimiento no sólo no avanzó en esa medida, sino que, en la actualidad, está atravesando por una profunda crisis en la mayoría de los países del mundo. En ciertos lugares, los jóvenes han abandonado las congregaciones y se han pasado a otros grupos, dejando las iglesias pobladas por gentes de edad.

Con tremenda sorpresa para algunos dentro de las Asambleas, han visto que Dios obraba poderosamente con otros miembros de otros grupos en la evangelización del mundo, especialmente desde el tiempo siguiente al final de la Segunda Guerra Mundial. Muchos líderes de las Asambleas, están desorientados sin saber qué rumbo tomar. ¿Podría establecerse un camino que condujese a la vitalización de las Asambleas? Creemos sinceramente que es posible si somos capaces de entender los fallos que deben subsanarse.

## 5.2. El problema de la formación bíblica en las iglesias

En primer lugar, es necesario abordar con absoluta rapidez y decisión, la formación bíblica tanto de las iglesias como, especialmente, de los que son llamados a enseñar a otros.

Los primeros maestros en la historia de las Asambleas, formaron a otra generación al mismo nivel que ellos. Estos, a su vez, fueron los maestros que capacitaron a quienes salían a la obra misionera. Los misioneros tienen la tarea de fundar iglesias y enseñar la doctrina fundamental de la fe a los recién convertidos y consolidar en ella a quienes han de liderarlas luego de su partida, pero no han sido llamados a formar *teólogos* –en el sentido bíblico de la palabra– esto es, maestros capacitados y conocedores profundos de las verdades bíblicas. Los hermanos que se vieron con la responsabilidad de las iglesias, especialmente en el mundo hispano, no eran mayoritariamente personas de alta cultura académica, sino, valiéndose de la frase bíblica, «*hombres del vulgo, y sin letras*». Estos hermanos han sido además influidos en muchos lugares por corrientes *neo-pietistas*, que se extendieron bajo la influencia de *exclusivistas* y *cerrados, de comunión abierta*, que enseñaron formas dándoles el valor y rango de doctrinas. Estos hermanos han sentido un abierto rechazo a la formación teológica de los maestros bíblicos en grados elevados, entre lo que figura el conocimiento de las lenguas bíblicas para una correcta exégesis del texto de la Escritura. Una seria aversión contra instituciones académicas, doctrinalmente sanas, que formen a los maestros, se puso de manifiesto y cualquiera que deseaba ir a algún lugar para capacitarse más, era considerado como un rebelde y sospechoso del que ya no se podía confiar. Eso trajo como consecuencia la marcha de muchos hermanos con dones y capacidades a otros grupos. Líderes influidos por pietismo no bíblico consideraron que era suficiente con la *autoformación* del maestro bíblico, sin darse

cuenta que por falta de herramientas bien utilizadas se ha ido cayendo en un bajo nivel formativo en detrimento de las congregaciones. ¿Se está revisando si todo cuanto se enseña y de la forma en que se enseña corresponde a una buena exégesis literal-histórico-gramatical del texto?

Para suplir este problema han surgido como hongos después de la lluvia, algunos que se consideran a ellos mismos como maestros bíblicos y que dedican en sus sermones un espacio considerable a explicar palabras griegas, cuando no conocen el griego o tienen, en el mejor de los casos, ligeras ideas tomadas y copiadas de otros. La exposición bíblica sistemática de la Palabra no es la norma habitual en las congregaciones, por lo que muchos hermanos mueren si haber oído en su iglesia exponer Malaquías, o Hageo, o Levítico, o Cantar de los Cantares. Esto impide llevar a cabo la ordenanza apostólica de que maestros espirituales e idóneos enseñen a otros que serán a su vez maestros de la siguiente generación (2 Ti. 2:2).

Una falta de enseñanza sistemática y sólida trae consigo el infantilismo espiritual de los creyentes, produciendo las consecuencias que Pablo advierte: niños espirituales que son llevados de un lado para otro, arrastrados por todo viento de doctrina (Ef. 4:14).

Es verdaderamente urgente, no sólo la fidelidad a la Palabra, sino la formación de quienes puedan enseñarla con garantía y formar maestros para las congregaciones.

### **5.3. Determinación en el mantenimiento de la unidad**

Una segunda necesidad urgente es entender la unidad de la iglesia y vivirla en la comunión del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef. 4:3). Las divisiones de nuestras iglesias por supuestos problemas doctrinales, el distanciamiento entre congregaciones dentro de un mismo espacio geográfico que ni siquiera se conocen entre ellas, el rechazo a cualquier vínculo que coordine y cohesione actividades entre las iglesias –no como una estructura sobre ellas sino como elementos de servicio supervisados por los líderes de las congregaciones– es una triste realidad.

Son lamentables y gravemente deshonestos los chismes y críticas infundadas hacia los maestros bíblicos que están en el mundo de las Asambleas y que, de alguna manera, impide a congregaciones el ministerio de gente formada que ha sido cuestionada por quienes, muchas veces dan crédito a la rumorología sin verificar la verdad de los rumores que son mantenidos vivos por quienes sienten envidia humana contra los maestros de la Palabra, temiendo perder la importancia que ellos mismos se suponen en la obra del Señor y procurando derribar a quienes consideran que les pueden hacer sombra.

## 5.4. La renovación espiritual

Una tercera necesidad es la *renovación espiritual*. Nadie confunda esta expresión con *renovación carismática* o *neo-pentecostal*, que se trata de una *revolución*, pero no de una *renovación*. Sin embargo, es evidente que tenemos necesidad de una *renovación de nuestro entendimiento* a la luz de la Palabra (Ro. 12:2).

Es preciso un acercamiento a la doctrina del Espíritu Santo para entender que el Espíritu no es el Dios para la teología sino para la vida. Es necesaria una *renovación espiritual* que nos permita un cambio de las formas, de modo que la iglesia pueda estar presente en la sociedad actual, no como una pieza de museo, sino como un conjunto de creyentes que brillan en las tinieblas y que entran en la sociedad con el mensaje del evangelio en la forma en que puede ser comprendido por quienes viven en el siglo XXI y no en el XIX. Una *renovación espiritual* que nos permita amar a nuestros hermanos y poder mantener una sana discusión sobre cosas generales sin claudicar un ápice en la doctrina fundamental. Una *renovación espiritual* que nos permita buscar como esencial *la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz* (Ef. 4:3), comprendiendo otras formas de hacer las cosas que otros hermanos puedan entender como correctas. Una *renovación espiritual* que permitiera unir esfuerzos para abordar las tareas con *excelencia*, apoyando lo que hay y emprendiendo lo que sea necesario. Una *renovación espiritual* que nos haga ver la necesidad de la oración en un tiempo de tremendo humanismo y crisis en la sociedad.

Sólo el poder de Dios podrá hacernos recorrer nuevamente los caminos de victoria en Cristo Jesús.

## 6. CONCLUSIÓN

¿Es esto una novedad que tenemos que descubrir y establecer juntos? No, sólo es volver a los valores esenciales que dieron forma y fuerza a las Asambleas, no por lo que eran, sino porque Dios bendice la obediencia a su Palabra y eso y nada más que eso, fue lo que llevó a la victoria espiritual a aquel pequeño grupo de hermanos que se reunían para orar juntos, mantener la comunión, partir el pan y estudiar la Palabra para vivir conforme a ella, tanto en el plano individual, como en el familiar y el eclesial. Oremos juntos con una oración renovada que es bíblica y necesaria: «Señor, ¿qué quieres que hagamos?» y en la respuesta de Dios estemos dispuestos a asumir la responsabilidad, a entregar la obra a la voluntad del Señor de la iglesia y a pagar el precio que todo compromiso espiritual exige siempre.